

D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.

D. ESTEBAN ECHEVERRÍA.

AVELLANEDA.

CANTO PRIMERO.

I.

¿Conocéis esa tierra bendecida
Por la fecunda mano del Creador,
De cuyo virgen seno sin medida
Fluye como el aroma de la flor
La balsámica esencia de la vida,
Y se palpa su espíritu y su aliento
En la tierra, en la atmósfera, en el viento,
En el cielo, en la luz, en la hermosura
De su varia y magnífica natura?

Tierra de los naranjos y las flores,
De las selvas y pájaros cantores
Que el Inca poseyera, hermosa joya
De su corona regia, donde crece
El camote y la rica chirimoya,
Y el naranjero sin cesar florece,
Entre bosques de mirtos y de aromas,
Brindando al gusto sus doradas pomas.
Donde el sacro laurel, ambicionado
Galardón del poeta y del soldado,

Al rayo desafía entre la nube
Á par del cedro que gallardo sube,
Y el *pacará* (1) que al viajador asombra
Cien jinetes cobija con su sombra.
Donde el zorzal y ruiseñor, artistas
De ingenua inspiración sin hondas vistas,
En las serenas tardes de verano,
Cuando reina sin par melancolía
En la natura, el premio soberano
Se disputan del canto y la armonía.

Sus casas son verjeles (2)
Donde habitó la paz y la abundancia
En tiempos más felices, cuando fieles
Á la costumbre y fe de sus mayores,
Ó avenidos tal vez con su ignorancia,
Vivían sus tranquilos moradores.
Pero hoy ya no es así; de esos hogares
Huyó la paz por la civil contienda,
Y quedaron el llanto y los pesares,
De las pasiones viles triste ofrenda.

¡Cómo admirarla lograréis sin verla,
Ni por bosquejo alguno conocerla
De pluma ó de pincel! Cuando el invierno
Con el soplo glacial de sus montañas
Viene el raudal eterno
De vida á amortiguar en sus entrañas,
Una virgen parece adormecida
Sobre cama de céspedes florida

(1) El *pacará* es el árbol más robusto y corpulento de Tucumán. Hay allí muchos cuya copa daría sombra á más de cien jinetes.

(2) *Sus casas son verjeles*. No es el pobre de Tucumán como el pobre de Europa: habita una pequeña casa más sana que elegante, cuyo techo es de paja olorosa. Un vasto y alegre patio la rodea, el que jamás carece de árboles frutales, de un jardín y de un gran número de aves domésticas. (Memoria descriptiva sobre Tucumán, publicada en 1834, por el señor Alberdi.)

Con las galas de ayer en torno suyo,
Medio marchitas ya, pero olorosas,
Flamantes y vistosas;
Duerme y no duerme, sueña;
Oye soñando el plácido murmullo
Del festín y la danza, el alborozo
Del expansivo y hechicero gozo,
Y el recuerdo de todo en la sonrisa
De su plácido rostro se diseña,
Como si el fresco animador volviera
Á respirar de perfumada brisa.
Después la primavera,
Con su templado sol y sus rumores,
Su concierto de pájaros cantores,
Á electrizar sus miembros adormidos
Llega y bañar en lumbre sus sentidos;
Y la virgen despierta
De su sueño fugaz, y se levanta
Radiante de alegría y de frescura,
De gracia y de hermosura,
Y á engalanar empieza
Con corona de mirtos y arrayanes
Su espléndida cabeza,
Y su seno con ramos de mil flores
De distintos matices y colores,
Y á perfumarse con esencias puras,
Derramando por montes y llanuras
De su eterna beldad los resplandores:
Hasta que el sol de la estación ardiente
Subir hace á su frente
Todo el intenso ardor, toda la vida
Que entre su seno inmaculado anida,
Revistiendo de pompa y de grandeza
Su joven y magnífica belleza.

Tierra de promisión y de renombre,
Engendra en sus entrañas virginales
Cuanto apetece y necesita el hombre
Para vivir feliz: en animales,

En frutas y productos tropicales,
En colosal vegetación. En vano
El adusto verano
La quema con su sol; el Aconquija
Que entre las nubes fija
La nevada cerviz, de sus raudales
El tesoro derrama y la fecunda,
La baña con sus fríos alientos
Y sus campos sedientos
De fresca lluvia y de vigor inunda.
Entonce ella de lumbre
Y de brillantes galas revestida,
Bajo la azul techumbre,
Cual magnífico templo se presenta
Del infinito ser que la dió vida
Y su eternal espíritu alimenta (1).

¡Cuán bella entonces es! ¡Al pensamiento
Cuánto inspira de luz y arrobamiento!
¡Cuánto de eterna nutrición le ofrece!
La mirada de Dios bañar parece
Sus selvas virginales y sus montes,
Sus campiñas y claros horizontes,
Y transformar con su inefable hechizo
Aquella tierra en otro paraíso,
Paraíso de gloria y de esperanza,
De pura, inagotable bienandanza.

¡Cuán bella entonces es! ¡Cuánto de calma,
De aspiración sublime infunde al alma!
Encantado jardín, valle florido
Del edén desprendido
Para adornar el argentino suelo.

(1) El capitán Andrews, en su *Viaje á la América del Sud*, publicado en Londres en 1827, no dice como yo que Tucumán es bellissimo, sino que «en punto á grandeza y sublimidad, la naturaleza de Tucumán no tiene igual en la tierra; que Tucumán es el jardín del universo». (Memoria de Alberdi.)

Sus aires son aromas
Que parece fluir entre azul velo
Del seno de redomas
Inmensas de azahar y de azucena,
De *poleo* (1), cedrón y hierbabuena;
Brisas que dulcemente
Los sentidos embriagan y la mente,
Y el corazón llenando de alegría
Dan alas á la inquieta fantasía.

EL ÁNGEL CAIDO.

(FRAGMENTO.)

¡Salve, oh Plata! en tu presencia
Multiplicarse yo siento,
Sublimarse mi existencia,
Lo que hay de humanal en mí;
Y ora inquieta, ora iracunda
Se muestra, hirviendo la vida
Rebosar en mí fecunda,
Como rebosa ahora en ti.

Y toda vez que el Pampero
Sobre tus espaldas monta
Y arrojar espuma fiero,
Bramar te hace de furor;
Y te azota, y tú soberbio,
Tú indomable te agigantas,
Por millares de gargantas
Lanzando eco atronador;

Tú á mis ojos representas
De la pasión y del hombre

(1) *Poleo*. Arbusto de cinco pies, cuya fragancia se parece á la del tomillo.

El afán y las tormentas
Y la convulsión febril,
Y el incesante murmullo,
Y el tesón infatigable,
Y de su indómito orgullo
La pujanza varonil.

Cuando agitado te miro
El corazón se me ensancha:
Alegre y libre respiro
De cuidado mundanal;
Y todo olvido, y mi mente
En su inspiración sublime
Abarca, concibe, siente
Lo infinito y eternal.

Acá en la tierra que piso
No hallan aire mis pulmones:
Sólo entre fango diviso
Las reliquias del *no ser*;
Misteriosa y escondida
Tú me revelas la fuente
Del deleite y de la vida
Que no tiene ni hoy ni ayer.

Esa inagotable fuente
Que insaciables, delirando
Mi corazón y mi mente
Van buscando en el vivir;
Cuya agua sola el abismo
Insondable de pasiones
Calmar podrá que en mí mismo
Palpitante siento hervir.

¡Oh! la tierra me fastidia
Con sus mezquinos afanes,
Con su miserable envidia,
Con su odiosa ingratitude,
Con el humo de su gloria,

Con sus frívolos amores,
Con su ambición irrisoria,
Con su mentida virtud.

Me fastidia la dulzura
De su gozo y sus deleites,
Que refrigerio ni hartura
Jamás á mi labio dan;
Todo cuanto loco en ella
Apetezco y acaricio,
Y hasta el beso de la bella
Que busqué con tanto afán.

Junto á ti mi pensamiento
Algo tiene de divino:
En todo ser y elemento
Columbra el soplo de Dios;
Y la vida de la muerte
Surgir ve, armónico el orden,
Del aparente desorden
La luz viva del caos.

Tu voz, oh Plata estupendo,
Gigantesca habla un idioma
Que me deleita y comprendo,
Que nunca en el mundo oí;
Hay en ella una armonía
Que mi espíritu apetece,
Un arrullo que adormece
Lo que hay de carnal en mí.

¡Quién pudiera, hermoso Plata,
Cabalgar sobre tus ondas,
Y de tus entrañas hondas
Los misterios descubrir,
Y en el raudal torbellino
De la tormenta engolfarse,
En su atmósfera bañarse
Y de su vida vivir!

Me place con el Pampero
Esa tu lidia gigante,
Y el incansable hervidero
De tus olas á mis pies;
Y la espuma y los bramidos
De tu cólera soberbia,
Que atolondran mis sentidos,
Llevan á mi alma embriaguez.

Y me place verte en calma
Dormir, como suele á veces
Dormitar tranquila mi alma
Ó mi vida material;
Cuando la luna barniza
Tu faz de plata, y jugando,
El aura apenas te riza
La melena de cristal.

Me places, como el Océano
Tu rival en poderío,
Cuando lo surcaba ufano
En mi albor de juventud;
Con el corazón de luto
Pero con alma nutrida
De savia fértil de vida,
De fe y sueños de virtud.

Me places, cual la llanura
Con su horizonte infinito,
Con su gala de verdura
Y su vaga ondulación;
Cuando en los lomos del bruto
La cruzaba velozmente,
Para aturdir en mi mente
La febril cavilación.

Y te quiero, oh Plata, tanto
Como te quise algún día,
Perque tienes un encanto

Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo
Más dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué y ya no es;
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones
Que vi en sueño alguna vez.

Oh Plata, al verte gigante,
Me agiganto, iluso siento
La emoción y arrobamiento
De un inefable placer,
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta,
Y en inmortal transformarse
Mi perecedero ser.

Si algo pedirte pudiera,
Si me oyese, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera,
Mi cuerpo entregarte, sí;
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre
Ni preguntase quién fuí.

EL POETA ENFERMO.

¡Oh juicio divinal!
Cuando más ardía el fuego
Echaste el agua.

Jorge Manrique.

El sol fulgente de mis bellos días
Se ha oscurecido en su primer aurora,
Y el cáliz de oro de mi frágil vida
Se ha roto lleno.

Como la planta en infecundo yermo
Mi vida yace moribunda y triste,
Y el sacro fuego, inspiración divina
Devora mi alma.

¡Don ominoso! en juventud temprana
Yo me consumo, sin que el canto excelso,
Eco sublime de mi dulce lira,
Admire el mundo.

Gloriosos lauros las divinas Musas
Me prometieron, y guirnalda bella
Á la sien tierna de la patria mía
Yo preparaba.

Mas el destino inexorable corta
Con mano impía los frondosos ramos;
Que el frío soplo de dolencia infausta
Hiela mi vida.

Un foco inmenso de divinos ecos
Mi alma era un tiempo; que el activo soplo
De las pasiones exhalaba ardiente
Voces sublimes.

Cuando tocaba en su celeste fuego
Ardía al punto; el universo un himno
Era para ella, de armonías puras
Coro grandioso.

Mas negra sombra su esplendor eclipsa;
Ángel de muerte de mi lira en torno
Mueve sus alas, y suspira sólo
Fúnebre canto.

Como la lumbre del metéoro errante,
Como el son dulce de armoniosa lira,
Así la llama que mi vida alienta
Veo extinguirse.

Adiós por siempre, aspiraciones vanas,
Vanas, mas nobles, que abrigó mi mente;
Adiós, del mundo lisonjeras glorias,
Deleites vanos.

Adiós, morada de tiniebla y llanto,
Tierra infeliz que la virtud repeles,
Y desconoces insensata al genio
Que te ilumina.

Mi mente siempre en tu región impura
Se halló oprimida; peregrino ignoto,
Por ti he pasado y sin pesar ninguno
De ti me alejo.

Lira enlutada melodiosa entona
Funeral canto; acompañadla gratas,
Musas divinas; mi postrer suspiro
Un himno sea.

Agosto 13 1831.